

dose cerciorado de su mérito, lo llevó Johnson á un librero y lo vendió por sesenta libras esterlinas <sup>1</sup>.

Á pesar de ser pobre entonces, y á pesar de haber sido pobre hasta que murió, pues murió endeudado, Góldsmith no pudo ser comprado. Rehusó no trabajar limpio en política. Como 50,000 libras esterlinas anuales gastaba entonces sir Roberto Walpole de dinero para servicios secretos. Escritores de poca nota eran sobornados diariamente para ensalzar los actos de la administración, y para deprimir la de sus opositores. En la época de lord North, Junius estaba en la oposición. Se resolvió asalariar á Góldsmith para que inutilizara su terrible sarcasmo. Para arreglarse con él, fué enviado el doctor Scott, capellán de lord Sándwich. « Le encontré, dice el doctor Scott, en una vivienda miserable en el Temple. Le expuse mi misión. Explíqueme el modo cómo estaba yo autorizado para pagarle sus trabajos, y, ¿lo creeréis? fué tan absurdo que me dijo: *Puedo ganar lo suficiente para llenar mis necesidades sin escribir para ningún partido; la ayuda que me ofrecéis me es innecesaria. Así es que le dejé en su guardilla!* »

¡De ese modo despreció el salario de lo inicuo el pobre y noble Góldsmith! Prefirió usar su pluma para escribir el célebre cuento *Goody Two Shoes* para diversión de niños, antes que convertirse en libelista alquilón de prostituídos políticos. Pulteney, el jefe de la oposición en la cámara de los Comunes, hizo una cita latina en uno de sus discursos y fué corregido por sir Roberto Walpole, quien le apostó una guinea á que no era exacta la cita. La apuesta fué aceptada, y se consultó el autor clásico, y se halló que Pulteney tenía razón. El ministro tiró sobre la mesa una guinea, y al recogerla Pulteney, puso de testigo á la cámara de que ésta era la primera guinea de

1. Gosthe recuerda lo útil que le ha sido este libro. Á la edad de ochenta y un años, y estando al borde de su sepulcro, dijo á un amigo que, en el momento decisivo del desarrollo intelectual, habia formado su educación el *Vicario de Wakefield* y que hacia muy poco que habia vuelto á leer desde el principio hasta el fin á ese libro encantador, hallándose muy afectado por los vivos recuerdos de lo mucho que habia debido á su autor unos setenta años antes. — FORSTER.

dineros públicos que jamás habia puesto en su bolsillo. Esta misma moneda perdida y ganada así, es conservada en el Museo Británico, con el nombre de *la Guinea de Pulteney*.

Cuando Pitt, conde de Chatham, fué nombrado pagador de las fuerzas públicas, rehusó tomar ni un cuarto fuera del sueldo que la ley concedía á su empleo. En tiempo de paz se le permitía al pagador que guardara una fuerte suma bajo su crédito, que ascendía quizá á algunos cientos de miles de libras esterlinas; y podía apropiarse los intereses de esta suma. Pero Chatham rehusó toda ventaja. También rehusó las gratificaciones ó sobornos que le eran ofrecidos por príncipes extranjeros que estaban á sueldo de Inglaterra y que subían anualmente á una fuerte cantidad. Su carácter era tan honrado y desinteresado como lo eran sus transacciones pecuniarias.

Guillermo Pitt era igualmente puro. Consideraba al dinero como polvo bajo la planta de sus pies, comparado con el interés y la estimación públicos. Limpias eran sus manos. Cuando estaba en su furor la lucha entre él y la oposición que dirigía Fox, vacó el empleo de archivero mayor (la segunda dignidad judicial en Inglaterra). Era sencillamente un beneficio vitalicio, con tres mil libras esterlinas al año. Todos sabían que Pitt era pobre, y se creía que se nombraría á sí mismo. Nadie hubiera llevado esto á mal. En aquella época era común obrar así. Pero dió el nombramiento el coronel Barré, un pobre amigo ciego, y de esa manera ahorró la pensión que le habia concedido una administración anterior.

Todo el mundo comprendía el desinterés de Pitt. Fué difamado por medio de sátiras denigrantes, fué censurado maliciosamente, y fué ultrajado; y aunque por sus manos pasaban millones, ni sus más encarnizados enemigos se atrevieron á acusarle de recibir lucro alguno indebido. Cuando las personas más ricas del país le pedían ducados, marquesados y órdenes de la Jarretiera, arrojaba todo esto de sí con desdén. Tenía un supremo desprecio por el dinero y por las consideraciones que proporciona el dinero. Pitt era el hombre magnánimo que tan exactamente describe Aristóteles en su *Ética*, que se creía

digno de grandes cosas, porque era digno verdaderamente de ellas. Nada contribuyó tanto á elevar su carácter como su noble pobreza.

Refiérese de Chamillard, el gran abogado francés, que defendió con mal éxito una causa; y todo porque no había sido presentado un documento importante. La sentencia del juez fué elevada al Parlamento, que la confirmó. Ya no había, pues, lugar á apelación. El litigante fué á ver Chamillard y se lamentó de la pérdida de su fortuna. Afirmaba que esto había acontecido porque Chamillard no se había referido á un documento importante, fundamento de su pleito. Chamillard protestaba no haber visto el documento. El cliente insistía en que se lo había entregado con los demás papeles. Al fin abrió Chamillard su cartera, buscó, y halló el documento. Vió que la causa podía haber sido ganada si hubiera sido presentado y leído; pero ya no había lugar á apelar. El abogado tomó una resolución en el acto. Dijo al cliente que volviera á verle al siguiente día. Reunió todo el dinero que pudo hallar y cuando el cliente volvió á la mañana siguiente, lo entregó todo, aunque esto le traía la pérdida de su fortuna. De esta manera sostuvo su respeto por sí mismo. Cumplió con su deber estrictamente, aunque le costaba tanto. No solamente hizo esto; fué á ver al presidente de la corte, y le suplicó que no le volviera á encargar informe alguno para el Parlamento; porque después de esta gran falta se tenía á sí mismo por sospechoso, á pesar de que la había enmendado tan noblemente.

Á sir Arturo Wellesley (después duque de Wellingtón), le fué ofrecida una fuerte suma de dinero por el primer ministro de la corte de Hyderabad, con el propósito de averiguar qué ventajas se habían reservado para su príncipe después de la batalla de Assaye. Sir Arturo le miró tranquilamente durante algunos segundos, y dijo: «¿Parece, que sois capaz de guardar un secreto? — Sí, por cierto. — Pues lo mismo soy yo,» dijo el general inglés. Rehusó la oferta, y con un saludo despidió al ministro. El rajah de Kittoor le ofreció después, por intermedio de su ministro, un soborno de 10,000 pagodas en cambio

de ciertas ventajas. El cohecho fué rechazado con indignación, y el general dijo: « Informad al rajah que yo, y todos los oficiales ingleses conmigo, consideramos esas ofertas como insultos, sea quien fuere el que las haga. »

Su noble padre, el marqués de Wellesley, rehusó del mismo modo un regalo de cien mil libras esterlinas que le fueron ofrecidas por los directores de la compañía de las Indias orientales. Nada pudo obligarle á que las aceptara. Es innecesario para mí, dijo, que aluda á la independencia de mi carácter y á la propia dignidad inherente á mi empleo... Sólo pienso en nuestro ejército. Afligíriame sobre manera cercenar la parte de esos valientes soldados. » El mismo desprendimiento manifestó sir Carlos Napier cuando estaba en la India. « Ciertamente, dijo, he podido haber obtenido 30,000 libras esterlinas desde mi llegada á Scinda, pero aun no necesitan ser lavadas mis manos. La espada de nuestro amado padre está sin mancha ninguna. »

Sir Jaime Outram era extremadamente generoso y lleno de abnegación. Siendo uno de los capitanes más modernos en la India, se le ofreció el mando de tropas que se iban á reunir contra los insurrectos de Mahi Kanta. Rehusó el honor en favor de un amigo mucho más antiguo que él. Consideró deber suyo hacer presente que el nombramiento de un oficial tan moderno podría causar sombras en partes donde la unión de sentimientos era necesaria. El oficial más antiguo allí era quizá el capitán más antiguo del ejército. Dijo: « Las prendas de ese oficial son muy superiores á las mías. Con toda voluntad expongo mi humilde reputación en favor de su conducta. Asociado á él en la comisión, como debo creer que lo seré, de él será el honor del éxito, mía será la culpa de la derrota, por las medidas de que yo soy iniciador. Pero el general en jefe no podía aceptar su indicación. La oferta fué hecha de nuevo y aceptada finalmente.

Cuando fué distribuido el dinero del botín de Scinda entre los oficiales y los soldados, rehusó Outram aceptar para sí las 3,000 libras esterlinas que le correspondían como comandante.

Dijo que rehusaba aceptar ni una rupia de un botín, resultado de una política á que era opuesto. Distribuyó todo en obras de beneficencia. Entre los demás que recibieron estaban las escuelas misionarias de la India, del doctor Duff. También dió 800 libras al asilo de Hil School, en Kussowlee. Después le escribió lady Lawrence : « Vuestro acto de beneficencia no es menos aceptable porque venga en forma de homenaje á lo que creemos ser una causa justa. »

En las ventajas para sí mismo fué en lo que nunca pensó sir Jaime Outram, y el dinero era materialmente polvo bajo sus plantas, excepto cuando lo podía convertir en auxilio para otros. Jamás ha existido un hombre más sencillo y más libre de todo sentimiento de vanidad. Cuanto más se estudia su vida en sus detalles, tanto más se verá cuán natural era en él la costumbre de tener en más á los otros de lo que á sí mismo se estimaba, y de cómo se cuidaba menos de sus intereses que de los pertenecientes á los demás. Su compasión era realmente ilimitada. Fué esta piedad, esta facultad de ver con ojos ajenos, de sentir con el corazón de otros hombres — una facultad, cuya ausencia en nuestros jefes principales nos condujo á los más dolorosos peligros en la India — lo que hizo de Outram un opositor tan tenaz de la injusticia en todas sus formas<sup>1</sup>.

Se refiere del gran lord Lawrence, que estando tratándose de un caso importante respecto de los intereses de un joven rajah indio, trató el príncipe de poner en sus manos, una bolsa de rupias, por debajo de la mesa. « Joven, le dijo Lawrence, habéis hecho á un inglés el mayor insulto que es posible hacerle. Esta vez, en consideración á vuestra juventud, lo disculpo. Que este hecho os prevenga para que jamás volváis á cometer una ofensa tan grande contra un caballero inglés. »

Gracias al valor y á la honradez de semejantes hombres es como ha sido conservado el imperio de la India. Hanse desvelado en el cumplimiento de su deber, y á veces á riesgo de sus

1. Véase *Vida de Outram*, por sir F. J. GOLDSMITH.

vidas. Durante la revolución de la India, aparecieron en la escena rápidamente muchos hombres hasta entonces relativamente desconocidos, tales como Havelock, Neil, Nicholson, Outram, Clyde, Inglis, Edwardes, y Lawrence. El solo nombre de Lawrence representaba poder en las provincias del noroeste. La norma del deber en ambos hermanos era lo más elevada posible. El primero, Juan, Juan de hierro, como le llamaban, y el segundo, Enrique, inspiraban á aquellos que les rodeaban un espíritu de cariño y adhesión : del primero se dijo que su solo carácter valía un ejército. El coronel Edwardes dijo de ambos hermanos que « diseñaron una fe, y crearon una escuela, que aún viven. »

En la época en que estalló la insurrección inda, era sir Juan comisionado en jefe de Punjaub. El país que gobernaba acababa de ser conquistado por los ingleses. Gobernaba su nueva provincia bien y sabiamente. Fiábase en las personas que le rodeaban, y las hizo amigos suyos. Y entonces hizo lo que quizá no tiene ejemplo en la historia. Envió todas las tropas indígenas de Punjaub á auxiliar al ejército inglés en Delhi, quedándose sin fuerza alguna para defenderse. El resultado probó que tenía razón. Los sikhs y punjaubes fueron fieles. Delhi fué tomada, y la India se salvó. Todo esto consistía en el carácter personal de Juan Lawrence. Las palabras que su hermano sir Enrique quiso que fueran grabadas sobre la lápida de su sepulcro, describen modestamente su vida y su carácter : « Aquí yace Enrique Lawrence, quien se esforzó en cumplir con su deber. »

Los hombres de ciencia han manifestado la misma abnegación. Cuando sir Humphry Davy, y después de gran laboriosidad, hubo inventado su lámpara de seguridad, con el fin de mitigar el peligro en que estaban los mineros de carbón que trabajaban en gas inflamable, no quiso sacar privilegio de ella, sino que la dió al público. Díjole un amigo : « Pero usted ha podido asimismo asegurar la invención con un privilegio, y recibir por ese medio de cinco á diez mil libras esterlinas anuales. — No, mi buen amigo, contestó Davy ; nunca he

pensado en semejante cosa; mi único propósito ha sido servir á la humanidad. Tengo lo bastante para llenar mis necesidades y propósitos. Más riqueza podría distraer mi atención de las ocupaciones favoritas que prosigo. Más riqueza no podría aumentar ni mi fama ni mi felicidad. Es indudable que me permitiría poner cuatro caballos á mi carruaje; ¿pero de qué provecho me sería el que se dijera que sir Humphry arrastraba carruaje con cuatro caballos? »

Lo mismo fué con su sucesor Faraday. Trabajó únicamente por la ciencia. Tenía tanta imaginación como ciencia. Cada hecho nuevo ganado por su inteligencia se reducía en un centro de mayores misterios. No era materialista; su filosofía era á la vez una protesta contra el dogmatismo científico y el sectarismo religioso. Era humilde en su saber, y trabajaba con el espíritu de un niño, admirándose de las revelaciones de la verdad que le iluminaban. « Ese ázoe, ese oxígeno, decía, que constituyen más de la mitad del peso del mundo, cuán maravillosa cosa son, y creo sin embargo, que sólo nos hallamos en el principio del conocimiento de sus maravillas. »

Faraday estaba satisfecho con ser un hombre relativamente pobre. No trabajaba por dinero. Si así lo hubiera hecho habría reunido una gran fortuna. No sacó cosa alguna, sino que dió todos sus descubrimientos al público. Resistió noblemente á la tentación de hacer dinero — aunque en su caso no fué una tentación — prefiriendo seguir el sendero de la ciencia pura. Decididamente era un descubridor de verdades; y á veces le sorprendían. « Esas cosas, decía, son actualmente inexplicables; nos demuestran que con todo nuestro saber poco sabemos aun de aquello que quizá será sabido en lo futuro. » Estas palabras nos recuerdan uno de los últimos dichos de Isaac Newton.

En una reunión reciente del Instituto Real, cuando el profesor Tyndal presentaba al doctor Hoffman la medalla Faraday — la mayor prueba de reconocimiento que puede ofrecer la Sociedad — mencionó un ejemplo conmovedor de la bondad de Faraday. Un estudiante joven, de Edimburgo, (Samuel Brown, después doctor en medicina), que estaba ocupado en un estudio difícil

sobre la materia y los átomos, sometió sus conjeturas al más grande de los químicos del día. Abrumado como estaba entonces Faraday con su trabajo, no contestó ni con negligencia ni tampoco con rücula aprobación. Escribió al desconocido joven, como sigue : « No dudo en aconsejar á usted que continúe sus experimentos de conformidad con su modo de ver, porque, ya sea que lo confirme ó lo refute, tiene que resultar algún bien de ello. Por lo que hace á las apreciaciones en sí mismo, nada puedo decir de ellas, excepto que son útiles al excitar el espíritu hacia la investigación. Una brevísima consideración del progreso de la filosofía experimental, le demostrará que es un gran perturbador de las teorías preconcebidas. He meditado larga y seriamente sobre la teoría de la atracción y de las partículas y átomos de la materia, y cuanto más pienso, en asociación con los experimentos, tanto menos clara se hace mi idea de un átomo ó una partícula de materia. »

Volvamos á otro asunto, el de hacer dinero. Las fortunas de la casa de Rothschild fueron basadas sobre la honradez de su fundador, Meyer Amschel ó Anselmo. Nació en Frankfort del Mein, en 1743. Sus padres eran judíos. ¡Qué historia espantosa se podría escribir sobre las persecuciones, las torturas y martirios de los judíos en la edad media, y hasta en nuestros días! En Frankfort, lo mismo que en otras pueblos y ciudades de Alemania, eran obligados los judíos á entrar en sus casas á cierta hora de la noche, bajo pena de muerte. La *Judengasse*, en Frankfort, tenía portones que eran cerrados de noche con llave. Napoleón los hizo volar á cañonazos, una de las cosas mejores que jamás haya hecho; sin embargo, continuaron las persecuciones de los judíos.

El joven Anselmo perdió sus padres cuando tenía once años

1. Los últimos perseguidores de los judíos de que tenemos conocimiento son los rumanos y los búlgaros. Habiendo realizado recientemente su propia libertad, se la niegan á los judíos, quienes están aún cargados con el sufrimiento y las penalidades. Los rumanos y búlgaros difícilmente merecen su libertad: han adquirido poder, pero no justicia, la injusticia ha de caer sobre ellos de rechazo. « Las maldiciones como las gallinas, vuelven á la casa para descansar. »

de edad, y tuvo que luchar solo á través de la vida. Después de una ligera educación — porque los judíos siempre son bondadosos entre ellos — tuvo el muchacho la buena fortuna de encontrar una colocación como dependiente de un pequeño banquero y cambista en Hanóver. Regresó á Frankfort en 1772, y se estableció como corredor y prestamista. Sobre su oficina colgó como muestra un escudo colorado, en alemán Rothschild. Coleccionó monedas antiguas y raras, y entre los aficionados que frecuentaban su tienda estaba el landgrave Guillermo, después elector de Hesse.

Cuando Napoleón invadió el resto de Europa, fué arrojado de sus Estados Guillermo de Hesse, y todo el dinero que pudo reunir lo dejó en manos de Anselmo, su agente de corte. Ascendía á 250,000 libras esterlinas. Cuidar este dinero y hacerlo aumentar en sus manos, fué el propósito principal de Anselmo. El dinero era caro en aquellos días, solía dar doce y hasta veinte por ciento con buena fianza. Continuaba la guerra. Rusia fué invadida por Napoleón. Su ejército quedó destruído casi por completo en las nieves. Dióse la batalla de Leipzig, y Napoleón y su ejército fueron arrojados al otro lado del Rin. Regresó entonces á sus Estados el landgrave de Hesse. Algunos días después, se presentaba el hijo mayor de Anselmo Meyer en la corte y entregaba al landgrave los tres millones de florines que su padre había tenido en custodia. El landgrave estaba casi fuera de sí de placer. Consideraba el dinero devuelto como llovido del cielo. En su entusiasmo creó caballero en el acto al joven Rothschild. « Una honradez semejante, exclamó Su Alteza, jamás se había conocido en el mundo. » En el Congreso de Viena, adonde fué poco después, no hablaba sino de la honradez de los Rothschild. Anselmo tenía una familia. Siguieron su ejemplo, y de esa manera han llegado los Rothschild á ser los prestamistas mayores del mundo<sup>1</sup>.

1. La historia está referida extensamente por Federico Martín en sus *Historias de los Bancos y Banqueros*.

« También se hallan noticias interesantes y extensas sobre los Rothschild, en

Del difunto lord Macaulay se puede decir que era un hombre completamente incorruptible. Entre los hombres con quienes se había criado — Wilberforce, Enrique Thornton y Zacarías Macaulay — difícilmente podía dejar de llegar á ser un hombre patriota desinteresado. Cuando solamente ganaba doscientas libras esterlinas al año con su pluma, dijo de él el reverendo Sidney Smith, quien no era muy dado á exagerar en elogios : « Creo que Macaulay es incorruptible. En vano pondríaís delante de él cintas, estrellas, jarretieras, riqueza, títulos. Tiene por su país un legítimo amor honrado, y el mundo no le podría sobornar para que descuidara sus intereses<sup>1</sup>. »

Macaulay tenía arreglados de tal manera sus negocios, que su manejo le era un pasatiempo, en vez de ser una fuente de molestias y de ansiedad. Sus máximas económicas eran las más sencillas : considerar como capital toda ganancia oficial y literaria, y pagar toda deuda en el término de veinte y cuatro horas. « Creo, decía, que el pago inmediato es un deber moral; sabiendo como sé, cuán mortificante es la postergación. » « Nada hay más cierto, dijo, que el proverbio del pobre Ricardo, de que, *nuestro orgullo nos impone un impuesto doble del que nos impone el Estado*. » Se acostumbró desde joven á no gastar más de lo que tenía de entradas, como el único medio de formarse una reputación de integridad pública y privada, y para conservar una independencia digna.

Y sin embargo, poseía muy escasamente lo necesario. Á lord Lansdowne, que le ofrecía un asiento en el consejo de la India, le escribió lo siguiente : « Cuanto más vivo, me siento menos deseoso de tener grandes riquezas; pero las necesidades diarias y la lucha difícil por satisfacerlas, me hacen sentir la importancia de estar con bienes suficientes para un

origen y su honradez reconocida, en el libro de Mr. Copefigue, *Histoire des grandes opérations financières*. Amyot, edit. — N. del T.

1. Sidney Smith dijo una vez que nunca tenía miedo de abrir su cartera. Que era sinceramente concienzudo. Á nadie había robado. Que si había perdido dinero, como le había acontecido con la deuda de Pensilvania, no estaba el crimen en su puerta, sino en la de sus deudores.

médiano pasar. Sin éstos no es cosa fácil para un hombre público el ser honrado; es casi imposible que se le crea así. Me hallo colocado en una situación en que sólo puedo subsistir de dos modos: estando empleado, y con el trabajo de mi pluma... La idea de llegar á ser un alquilón de librero, de tener que escribir no para aliviar lo repleto de la mente, si no el vacío del bolsillo; de tener que agujonear una imaginación fatigada hacia un esfuerzo que le repugna; que llenar pliegos únicamente para llenarlos; de tener que oír de los editores lo que Dryden tuvo que aguantar de molestias dadas por Thomson, y las que yo sé que sufrió Mackintosh de Lárdner, me causa horror. Y sin embargo, así tendría que ser si abandonara mi empleo. Con todo, sería aun más horrible permanecer en el empleo tan sólo por el sueldo. »

El resultado fué que Macaulay obtuvo y llenó honrosamente un empleo en la India, regresando con suficientes medios, lo que le permitió escribir su célebre *Historia de Inglaterra*.

## CAPÍTULO V

## Valor. — Sufrimiento.

El miedo de cometer acciones bajas é indignas, es valor; y si nos son hechas, también es valor saberlas soportar. — BEN JONSON <sup>1</sup>.

No me deis luz, ¡cielo grandioso! sino aquella que conduce á la energía del compañerismo humano; ningún poder, más allá de la herencia creciente que hace más completa á la naturaleza humana. — JORGE ELIOT <sup>2</sup>.

No es únicamente mientras la vida corre tranquila, cuando surgen la verdad y el poder, sino también cuando una circunstancia extraña afecta su corriente; en ocasión inusitada, cuando la enfermedad quebranta el cuerpo — el hambre, las veladas, el exceso, el decaimiento — con más frecuencia la aproximación de la muerte — el peligro, la profunda alegría ó el pesar. — ROBERTO BROWNING <sup>3</sup>.

El valor es una cualidad que todos los hombres se complacen en honrar. Es la energía que se eleva en todas las circunstancias de la vida. Es la voluntad perfecta, á la cual ningún

1. Fear to do base unworthy things, is valour;  
If they be done to us, to suffer them  
Is valour too.  
BEN JONSON.
2. Give me no light, great Heaven, but such as turns,  
To energy of human fellowship;  
No powers beyond the growing heritage  
That makes completer manhood.  
GEORGE ELIOT.
3. Not alone when life flows still, do truth  
And power emerge, but also when strange chance  
Affects its current; in unused conjuncture,  
When sickness breaks the body — hunger, watching,  
Excess, or langour — oftens death's approach —  
Peril, deep joy, or woe.  
ROBERT BROWNING.